

Páginas de Viaje

SOL EN GUADALUPE

Se habla por algo y para algo. Los lingüistas bien lo saben. Lo afectivo vuela, tiene un soplo raudo y la angustia se apodera del hombre cuando ve que desaparece y no ha podido encadenarlo y ofrecerlo a sus semejantes, eterno, inmovible, como una gigantesca roca.

El viaje es una ilusión a los dieciocho años, triste nostalgia en la edad madura: hay un puente cruel y realista entre esas edades: lo efímero de la huella y la constante fluctuación entre el ser y el no ser.

La palabra encierra como un capullo primaveral su secreta biografía. Cuando la sensación nos reanima, ora con una escena curiosa, ora con una dilatada panorámica, bella y soberbia de la natura, entonces, se escribe, se mancha el lienzo, se siente el arte. Esta palabra es muy cruel, como la fidelidad a todo lo voluble y transitorio. Por eso, el estilo tiene sus momentos y cada uno de ellos, si es sincero, es bello, casi divino.

Seguro que un adolescente narraría un viaje desde el comienzo hasta el fin. Su apunte estaría colmado de detalles, de numerosas pequeñeces, casi simple fotografía de cosas externas con más o menos expresión peculiar descriptiva. Según la época del año y la situación geográfica, anotaría motivos campestres, montes, carencia de árboles en tal tierra, la campa y un blanco cigoñal, color de los terrenos, la quietud de un cilanco y la limpidez azulina de la roqueda, la cinta plateada del arroyuelo, curvas del asfalto reluciente de la carretera, las aldehuelas, la llanura, la resignada labor del labriego... No se siente rebeldía, sino orden y espíritu pacífico. Todo verdad, todo quieto, todo fiel. No se refleja la mueca ni la gran paradoja. Es la entrada con confianza. Los problemas imperiosos no han aparecido aún. Con paso alegre se marcha por el camino de la vida, las sombras no han manchado el cándido horizonte, pero ocupan el puesto de retaguardia. A una simple señal aparecerán como lobas hambrientas y vulpejas ardorosas. Entonces entra en juego el porqué, la primera razón sin solución exacta con el problema tremendo del espíritu. En seguida cambia el léxico, porque el humor anímico es otro. Ha entrado en función una nueva parcela existencial, por consiguiente el movimiento de la sensibilidad es diferente, con un colorido agresivo y violento. Estado de disgusto, de hastío, de se-

quedad. Penetra hasta lo más hondo la imagen sangrienta, odiosa, brutal y lasciva de los valores terrenos.

El ser humano vacila entre la duda, la indiferencia y la igualdad. Participa ya de la congoja por el infinito, se entabla la lucha desgarradora y se halla impotente para distinguir la virtud y el vicio. ¿No es esto el primer paso en falso del «homo» en su afán de deificación? La carga psíquica es igual que un montón irritado de lava que necesita salida perentoria. Mundo de tristeza, puesto que es un mundo supercivilizado, según el asenso de Taine, si añadiera beodo y supercuadrúpedo tampoco se hubiera equivocado. Las luminarias de la materia se han lanzado por los espacios y los corazones se abrasan y revientan en una hora con la aplastante borrachera. La masa errante de hombres y mujeres, se ha aventurado como república sin patria y destino ulterior a explorar el último rincón, el fondo de un lago, la parte antigua de una ciudad, la aceleración archimodernísima de la concepción de lo bello en el minimum de tiempo. Kant, expresó esto mismo de modo más científico, algo así como formas de sensibilidad.

Ese clan de mujeres refinadas, de belleza realmente deslumbradora, atosigadas de afeites y con telas de colores subidos, clavan la pupila semimuerta y vidriosa en el luciente azulejo de la torreta de fortalesa y en el augusto pedrusco de algún viejo monasterio. Se llevan recuerdos, y cada turista especialmente el extranjero, nos da la impresión de un raro meteoro y fotógrafo al mismo tiempo.

Movimiento vertiginoso, loco, de la danza del amor y el susurro postrero de la vida.

De esta clase de seres los podemos hallar en mitad de las carreteras, ya en autobuses magníficos, ya en automóviles flamantes, de pertenencia o arrendados. ¿Acaso un nuevo estremecimiento antropológico? Parece ser una saturación, un centro cósmico humano que se desintegra con la base de teorías existencialistas. Las masas se excitan con un idealismo kantiano, con una sensibilidad excesiva, no fiel a los problemas puntuales del conocimiento, sino trazando proposiciones irreales más allá de los límites de la experiencia.

Es difícil no encontrar algún personaje en el estado descrito anteriormente, en un coche de línea: el tipo va ensimismado, ausente al parecer de las cosas que le rodean; su retrato es frío, con rasgos abultados de gravedad. Junto a nuestro sujeto, varias jovencitas con telas propias de estío, una saboyana hechicera casi sin mangas o una rebequita color arroz sobre el hombro, se entretienen en pasarse fotografías.

—Mira, mamarracho ¿conoces esto?—inquire una de ellas.

Es el lenguaje despreocupado, mordente, sin chispa de resignación, de mediado de este siglo,—época de carencia de intimidad, vuelo torpe de mariposa, con el impresionante problema de la debilidad y el reniego ante cualquier perspectiva de sacrificio.

—Sí, Típica. Es la Catedral de Badajoz—replica el joven viajero un tanto molesto por el tilde.

La pequeña canoa roja de su boca denota un imperceptible tem-

blor. En seguida se escapa la sonrisa calculada, maestra al compás de un centelleo de pupilas negras, ardientes, africanas.

—¿A dónde van ustedes? Si la pregunta no es curiosa— advierte una señora entrada en carnes que estaba haciendo relato de sus viajes y de las maravillas de los metales preciosos, del templo guadalupense.

Hacia allá, hacia Guadalupe,—contesta otra de las tres jóvenes— Se trata de una promesa, ¿comprende?

Pronto entablaron diálogo aparte. Los consejos empezaron a menudear: quién recomendaba un sitio fresco a la sombra de los castaños para hacer una excursión, fijando la hora de salida a fin de caminar con la fresca para llegar a las aguas corrientes y finas de la sierra. También se habló sobre la fonda y la cuestión quedó decidida: no irían a dormir a la hospedería del Real Monasterio. A otra parte cualquiera donde no cerrasen las puertas después de las diez de la noche. El joven viajero, habiendo terminado de mirar una por una las «fotos» con sus «poses» atrevidas, las entró en el sobre y se las devolvió a la chica morena, a la Típica, como el empezó a llamarla. Su hermanita poseía un entrecejo oblicuo, cejas espesas, de aire indiano y los labios eran delicados, sensibles y bien dibujados.

La tarde fué expirando con lentitud. Aparecieron las primeras nubecillas escarlatas y se inició el crepúsculo vespertino. La gente conversaba muy animada dentro del coche. Un viajero grueso, enfermo de reuma, «un fenómeno» calificación que diera el trío excursionista femenino, tomó asiento delante de ellas y levantó una corriente de aire.

—¡Qué bárbaro!—comentó Blanqui... No necesitamos ventidador...

—¡Calla!—atajó el joven colocando una mano en su boca.

Los ruidos gacetistas se fueron apagando a medida que el autobús se aproximaba más y más a la Puebla. Las montañas, conos negros empinados, o bien gigantescos plegamientos en sucesión, bordeaban la carretera. Un bonito lucero se dejaba ver de cuando en cuando en una lámina celeste de prasio.

* * *

La pensión no distaba más de un centenar de pasos de la Plaza. Se eligieron tres habitaciones y se convino el precio. El cuarto de aseo estaba abajo, en el patio, y una escalinata de madera ponía en comunicación éste con los dormitorios. Una hermosa parra cargada de uvas en ágraz prestaba frescura al piso.

Los huéspedes comieron de fiambre, sólo por tomar un bocado y no soñar con los angelitos. Antes de entrarse en brazos de Morfeo se hicieron las debidas abluciones, risitas, chistes, se engulló la rica pera de agua, y la exquisita cereza, no faltó el sorbo de elixir estomacal y el jovencito se retiró a su cuarto, se despojó de sus lentes graduadas con montura sólida celulóidea y bajo la luz fluorescente de efluvios azulosos enfermizos tomó su cucharadita de Passi-

florine para regular los latidos del corazón. Un tabique de poco grosor separaba el dormitorio del joven forastero con el de las preciosas señoritas. Su equipaje no era otra cosa que una magnífica cartera de cuero gualdo más bien tostado. Dentro, ropas y un par de libros modernos.

En este instante se consideraba bastante aliviado de las precauciones formalistas de la ciudad, libre de la monotonía, de la pulla vulgar, del desarrollo del binomio $(x \pm a)^m$ y de las advertencias autoritarias, soberanas, de un profesor improvisado.

Al lado de la cama, de recia madera, la mesilla de noche y en ángulo, el palanganero acompañado de un cántaro de cobre llenito de agua fresca.

—¡Esto es estupendo!—murmuró para sus adentros.

Se dejó caer en el lecho. El parloteo de las chicas y las sonoras carcajadas, llegaban a su oído, a través de la pared con algo más de amortiguamiento.

—¡Silencio! mademoiselles—exclamó con voz fuerte—. Mañana será otro día. ¿No tenéis sueño?

Menudearon los golpes en el delgado paredaño y los apagones de luz por ambas partes.

—¡Hasta mañana!—exclamó por último la Típica con melosa claridad.

* * *

Mari, la chica de más edad, bien podía pasar por una institutriz pacata de infantes colegiales. Su cutícula facial blanca como la cobra, su rebeca como el arroz, blanco como el óvalo gránulo de la gramínea y su alma quedaría limpia, blanca también, dentro de la media hora breve ante el Tribunal de la penitencia. Blanqui era revoltosa, pizpireta y dormilona. Se sentía agresiva y salvaje en ciertos momentos. La Típica llevaba más rojo en los labios, y mayor despreocupación en el corazón. Las tres salieron muy de mañana con sendos pañuelos a la cabeza. Una especie de raro griñón seglar y polícromo aderezado con feos alfileres.

—¡Vamos a la plaza—manifestaron al pasar junto al cuarto del estudiante—¿Vienes?

—No, me quedo—respondió acompañando un prolongado bostezo. ¿Qué hora es?

—Hay ya tres horas de sol en Guadalupe, mamarracho—advirtió la Típica—. Ahógate todavía entre las sábanas.

Todas desaparecieron de prisa escalera abajo.

El muchacho se levantó presto, entabló una lucha sorda contra el feminismo, esencialmente con el animal impudente y desaprensivo, con la materia bruta y relajada de todo principio espiritual. Bajó al cuarto de aseo para afeitarse y de paso metió la cabeza en un pilón de agua. Más tranquilo ya, se puso a leer un poco: Tema de vida artística y bohemia. Pronto se cansó de la lectura y comenzó a pasear de un lado para otro. ¿No me aburriré aquí?—llegó a pensar—. Voy a hacer algo.

Sacó lapicero y papel y se asomó al balcón.

Hacia la izquierda, una montaña límpida con vegetaciones esmeraldinas y de trecho en trecho con pelados y claros rollos, se elevaba majestuosa. La calle estrecha, empedrada, con balcones salientes y maderaje carcomido adornados de rosas y malvas. Un alegre y melifluo trino de golondrina llegaba hasta allí. Bajó los ojos y leyó una inscripción litográfica, decía así: «Guadalupe a su célebre hijo Licenciado Gregorio López, Comentador de las leyes de Partidas, como recuerdo en este día en que se celebra la 1.^a fiesta en honor de esta gloriosa Virgen como patrona de Extremadura. Vivió en esta casa donde murió, año 1560. Hoy 1.^o de Septiembre de 1907.»

II

EN EL JARDIN DEL MONASTERIO

Pausa: la mirada se eleva desde la escalinata con embeleso y muidez, flota vaga y atónita en el atrio y se enfrenta con la monumental fachada gótica. Cuatro o cinco pináculos con colorido alterno, azulejos verdes y blancos a modo de escaque, pregonan la grandeza insólita de viejas moles. La décima musa del joven turista le despliega la historia de reyes y romeros, de héroes y artistas. La calma de la montaña y la armonía de la piedra se halla envuelta por un sol de oro, cálido, fulgurante, realidad luminosa, cegadora, que invita al espíritu a los altos transportes invisibles y al lenguaje del silencio. Los forasteros hormigean al pie de la típica fuente, rodeada de chiquillos harapientos y aldeanas sonrientes con el cántaro bajo el brazo. Toda la fachada principal ostenta el canto dinámica de cristiandad latina, de sentido humano y religioso, de mecánica viva. Las hojas de sus puertas están cubiertas con planchas de bronce, repujadas, donde se exhiben sencillas escenas de la vida evangélica. La palpitación aumenta cuando se pone pie en la Iglesia. Todo es mirar hacia arriba con timidez y reverencia a la imagen morena de la Virgen Guadalupe; la plegaria mística sale de lo más hondo en silencio y soledad. Las bóvedas de crucería, la hermosa linterna policromada y con ventanales, levantada sobre ocho arcos, cuatro de más fuerza y los restantes esquinados, la gran verja que hace compartimiento entre la capilla mayor y los demás altares del templo. En fin, una guía histórica por la vieja Extremadura lo explica todo al detalle. Aquí no se pretende una crónica ordenada y minuciosa, sino la simple vivencia emotiva de las representaciones.

Un padre calzado y vestido de toscos sayal, se puso en el confesionario. Las chicas se arrodillaron y después el joven, ante el Ministro de Dios. Terminada la misa, «ite missa est», se dirigieron a la Sacristía con pasos alocados.

—Mamarracho ¿No está eso escrito en latín?—interrogó la Típica con la mirada pedante fija en un cuadro de Zurbarán.

—¡Sí!—replicó el visitante con simpleza—. ¿Te gustan los lienzos de tu paisano? Sus pinturas valen un Potosí—añadió indiferente, con un tanto de gracia achulada.

De tiempo en tiempo, pasaba un fraile. Poco después se formó un grupo de personas integrado por dos sacerdotes que hablaban de Sevilla, y una señora con gafas, muy parca en palabras y devota al parecer. Un padre se prestó oficioso para enseñarnos el Real Monasterio. Llevaba hábito de parda estameña, sandalia y un flequillo trebolado de pelos castaños.

La sucinta explicación de las pinturas de Zurbarán, su prurito de alcanzar la máxima expresión en aquellos frailes, la magnífica cabeza, dechado de realismo en íntima absorción mística del P. Salmerón, época de finalizar la obra, retraso en otras por causas familiares, recuerdos del turco y del autor del *Quijote*. Del centro de la cúpula pende el glorioso fanal de bronce y latón dorados arrebatado a la nave capitana turca por Don Juan de Austria.

El autor de este escrito, no pretende recargar el relato con la historia de Guadalupe, y por razón personal de estética, le es necesario saltarse muchas cosas, o sea, casi todo el fondo histórico y concreto de lo regio, de lo heroico y de los artistas famosos que aportaron su óbolo a esta gigantesca concreción de belleza. Por eso, seguirá el curso de la inspiración.

El ala de un claustro o las cubetas estrechas de cal y canto, algo ruinosas y al aire libre, le emocionan más que lo acabado y lo que sigue el curso ordinario. Un fuerte estornudo, originado por el sol de lleno sobre el rostro, por átomos de estroncio, amarillos, fugaces, inmensas manchas de luz sin polarizaciones de sombra que baña el patio espacioso del claustro de la Botica, le dice más que cualquier imagen tallada por Giraldo Merlo.

Todo era bonito allí, todo curioso; las chicas pacenses no cejaban ni un instante en la pregunta. En la suntuosa capilla del Relicario, con instalación moderna de luz fluorescente se observa la traza clásica con brillantes azulejos y cúpula decorada con pinturas al fresco. La valiosísima «Arqueta de los metales» y una colección de espejos con marcos repujados en dorado del Marqués de la Mejorada, siglo XVII, son dignos ejemplares de magnificencia artística.

El padre, amable, solícito por su mancomún deber con los visitantes, nos va franqueando puertas y más puertas.

En su diestra porta un manojito de llaves.

Para penetrar en el Joyel, hemos tenido que cruzar por el Camarín y nuestros ojos se han visto acosados de lujo inusitado, de suaves tonalidades de color ante las figuras femeninas, heroínas bíblicas ataviadas a lo pastoral. El conjunto decorativo produce pasmo y maravilla. Lujosa cúpula en cuatro pechinas que la sustentan, de la cual pende una rica y enorme lámpara de cristal de roca y bohemía en caprichosas formas romboédricas y piramidales, el zócalo, las pilastras, los frisos, cornisas, todo en suma, es una mancha de gusto y fantasía. Ya en el Joyel se pone al descubierto la cajonería en talla de ciprés y empiezan a desfilar ante los espectadores ricos bordados y joyas votivas de encumbrados personajes como señal de pletesía a Santa María de Guadalupe. Aquí se encuentra el bastón del Rey Alfonso XIII con puño dorado, bordaduras confeccionadas

por la propia mano de la Infanta Isabel Clara Eugenia, cuajadas de perlas. Otro bordado, lujoso semicírculo, hechura de los monjes Jerónimos, relleno de cuadritos con perlas, aparenta ser un festonado circular con rosas incrustadas; el Manto Rico, bordado también por estos últimos con un aditamento de concreciones nacaradas que datan del año 1790. Tres delantales, uno de ellos perteneciente a la infanta María Cristina, con broches de oro y joyas familiares que colocaban conforme al día de fiesta para exhibirlas en sus reuniones cortesanas.

Junto al sillón prioral, lo más humilde entre las numerosísimas cosas que pueden verse en el Monasterio, había un cartelito prohibiendo el tocar cualquier objeto.

Referente a la corona de gran ceremonia, dicho por boca del mismo padre, pesa siete kilos y medio con reparto de tres kilogramos en oro, uno y medio de platino y el resto en piedras preciosas.

—¡Cuán grandes riquezas!—exclamó el joven turista con gran asombro. Siguió tomando apuntes. Tocó por capricho la reja de plata que separa el camarín de una pequeña capillita.

Sobre un pedestal de traza barroca, parece la virgen morena con la corona de ordinario. El acto solemne de la coronación tuvo lugar el 12 de Octubre de MCMXXVII por el E. M. M. O. S. Cardenal Segura, Arzobispo de Toledo, reinando su Majestad Alfonso XIII. En el maravilloso tríptico giratorio se insertan escenas de la histórica tradición guadalupense.

* * *

Dejando a un lado los tranquilos sepulcros, entre otros el cenotafio recatado en la sombra de un pasillo tortuoso, de la Duquesa D Arcos Aveiro, la obra mortuoria gótica en piedra caliza y transparente del Obispo Serrano, hemos venido a parar a un alegre patio de planta cuadrada: Las flores saxifragas, los verdes naranjos, los tonos uniformes de luz solar, la blancura y armonía de las arcadas, todo hace soñar en un patio moruno bañado de un rayo de luna a las altas horas de la madrugada. Pinturas murales con abuso de siena tostada, representando apariciones, milagros provincianos y visitas de agradecimiento de príncipes y magnates a Guadalupe. Las tres jóvenes no pierden ni una sola palabra del reverendo padre; ambos sacerdotes y la señora de luto, silenciosa, casi la pisan los talones. Pero el joven viajero se ha abstraído un tanto con la mirada puesta sobre ese relicario, en parte sáxeo o mejor arcilloso ocre conocido con el nombre de Templete gótico-mudéjar. Dejó vagar la fantasía bajo aquel cuerpo de ladrillo, se presentó un monje venerable de luega y canosa barba que sentado junto a la fuente cilla contemplaba el juego retozón del líquido rumoroso, un murmullo grato y suave, viendo arrastrar cadáveres de rosas, el rosado pétalo de hortensia; entre sus manos un epistolario agustiniano de la sagaz teoría del intelecto y el sentido, de la sensación y de la imagen, de la belleza y de la cuestión más mortificante; para él la estulticia; este viejo monje,

digo, estaría cerca del estado semibienaventurado. La oración escaparía por los finos parteluces como un sentido arabesco musical de un maestro cantor de mezquita. Y su ejemplo sería la invitación al reposo y a la paz del corazón. El lenguaje de los ojos, del alma, en gozosa quietud interpretaría el mensaje de los cielos. El murmullo jacarandino de la gota de agua, como tierno mual uniría sus delicadas sonoridades a la plegaria ligera, breve, del único deseo sintético, sus hombros secos y nervudos se alzarían hacia el cielo bañando la mirada escrutadora en claridad beatífica, porque un poderoso muro de contención, o sea la sencilla jaculatoria, hubiera apartado su raciocinio de toda imagen corruptible terrestre.

Una risotada repercutió en las alas del claustro. La calma fué robada por el vivir mundano que se debate a cada instante, recelando de convertirse en poesía.

—Niño—gritó la Típica asomando la cabeza por una esquina—. Vamos al Museo de bordados.

Como un centinela que abandona su puesto para cubrir otro invariablemente a la llamada del superior, así lo ejecutó el joven. El preludeo de la fuente, esas arcadas góticas, con un ligero efecto de sabatismo, los macizos de arbustos, esos átomos vibrátiles, diáfanos con la atmósfera en reposo, en visible contagio con matices limón y naranja, el santo encantamiento de la maravilla arquitectónica cobró otro aspecto en el fondo subjetivo del viajero.

Mientras corría hacia la sala el cuadro se hizo más adusto, más triste. Sin duda empezaba la despedida. La impresión había llegado a la culminación y era forzoso el descenso de emotividad.

Sedas, ornamentos sagrados, los ternos con calaveras bordadas en hilos costosos, con el comienzo oferente a los «Beati» eran escudriñados con extremada rapidez.

Mari, en esta ocasión, prestó su colaboración de modo voluntarioso. Se detenía ante los preciosos ejemplares, escuchaba la escueta explicación del padre, por cierto muy chistoso y dicharachero y venía con la nueva noticia adquirida a vertérsela a su amiguito de excursión. ¿Por qué estarán estas cartulinas escritas en bilingüe? ¡Ah! claro está: Aquí vienen a visitar el Real Monasterio muchos extranjeros. Casi todos parecían tener mechones ajados de vieja realeza y la mirada perdida: Se entusiasmaban con los dorados y con las colecciones de utensilios de cocina, bien una caldereta panzuda, bien un ánfora cobriza, les hacía reverberar sus ojos indiferentes.

Resulta pesado el hablar en plan histórico y realista de la enorme riqueza de este museo. Costosos vestidos, paliós brocados y frontales se exhiben en vitrinas herméticas, verbigracia, la 79 muestra «un terno de tisú veneciano de fines del Siglo XVII con imagine-ría y bordados del Siglo XVI». El texto reza en español y en inglés.

Esto toca a su fin. Los monumentos que pasan son enigmas del vate: la fiel realidad se desvanece entre sombras y entonces, surge el ambiente propicio para la ficción de un sueño: Las vitelas de libros miniaturados, cantorales con viñetas y páginas orladas a color, libros de horas, los Kyries, primorosas letras mayúsculas orna-

mentadas pertenecientes a diurnos de la centuria decimosexta, la delicada boca de Blanqui, hermosa y rasgada, roja y vital como la hoja sensitiva y doble de la balaustra, picaresca a veces, ingenua otras a más no poder; confesiones desconcertantes de las tres mujeres y la aparición del amor bajo sentido diferente: Idealismo, fuerza bruta y culto a la belleza sensible.

La excursión iba a terminar. Los objetos imprimidos de un peculiar movimiento originado por la fantasía, caían y se alzaban en un inexplicable desorden. ¿Qué bella ¿no? la piña blanca de mármol? Qué gracejo poseían los chascarrillos de los dos sacerdotes. Las notas solemnes y llenas de pastosidad del órgano alemán acompañadas del coro de voces religiosas, desde la parte de la Sillería. La vista de Guadalupe bajo la sombra del castaño y el magnífico alojamiento del cuartel de la Guardia Civil... Y a la mañana siguiente se emprendió el regreso. La cartera flamante de cuero gualdo volvía a la ciudad. Su dueño no se acordó de sacudir ni tan siquiera el polvo de sus zapatos, y cuando partió el autobús no pudo por menos de levantar el brazo en señal de separación a la fachada xásea y los balcones con sus tiestos de geranios: en seguida lució el sol como inflamada bola de fuego, signo y promesa de duelo, sobre las crestas de los montes lejanos, y el viajero comenzó a ver en la mancha inmensa de rojo indio de la aurora con la fantasía exaltada el pálido garabato de lo exacto, una $(x \pm a)^m$ que los espíritus científicos, no timoratos en su mayor parte, han bautizado una vez más binomio matemático y que con él resuelto, valga el simbolismo parcial, se creen tener el derecho de soberanía sobre los hombres, sin darse cuenta que el alma encierra incógnitas indeterminadas que la más atrevida matemática ha quedado impotente para resolverlas: Ahí van dos miembros de una ecuación lingüística, tierra y cielo en cada miembro respectivamente: El cálculo tiene la palabra.

JACINTO MARTIN PAJARO

